

“Mi deseo no es sino amar” La Beata María Gabriela Sagheddu a casi 25 años de su beatificación.

EL ECUMENISMO ESPIRITUAL

“Orar por la unidad no está sin embargo reservado a quien vive en un contexto de división entre los cristianos. En el diálogo íntimo y personal que cada uno de nosotros debe tener con el Señor en la oración, no puede excluirse la preocupación por la unidad. En efecto, sólo de este modo, ésta formará parte plenamente de la realidad de nuestra vida y de los compromisos que hayamos asumido en la Iglesia. Para poner de relieve esta exigencia he querido proponer a los fieles de la Iglesia católica un modelo que me parece ejemplar, el de una religiosa trapense, María Gabriela de la Unidad, que proclamé beata el 25 de enero de 1983. Sor María Gabriela, llamada por su vocación a vivir alejada del mundo, dedicó su existencia a la meditación y a la oración centrada en el capítulo 17 del Evangelio de san Juan y la ofreció por la unidad de los cristianos. Este es el soporte de toda oración: la entrega total y sin reservas de la propia vida al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo. El ejemplo de sor María Gabriela nos enseña, nos hace comprender cómo no existen tiempos, situaciones o lugares particulares para rezar por la unidad. La oración de Cristo al Padre es modelo para todos, siempre y en todo lugar.”

(Juan Pablo II, Encíclica ‘Ut unum sint’, 1995, n° 27)

De manera inusitada, en un documento oficial dirigido a los obispos, al clero y a los fieles de la Iglesia Católica para exhortarla al impulso ecuménico, Juan Pablo II propone un testigo, un modelo que le parece ejemplar. Ninguna presentación mejor para recordar la sencillísima figura de Sor María Gabriela, de la que este año recordamos el vigésimo aniversario de su beatificación.

María Sagheddu (1914-1939) nace en Dorgali, en Cerdeña, en el seno de una familia de pastores. Los testimonios de la época de su infancia y adolescencia nos hablan de un carácter obstinado, crítico, contestatario, rebelde, pero con un fuerte sentido del deber, de la fidelidad, de la obediencia aunque dentro de apariencias contradictorias. “Obedecía gruñendo, pero era dócil”, “Decía que no, y sin embargo acudía rápido”, decían de ella.

Lo que notaron todos fue el cambio que se produce en ella a los dieciocho años: poco a poco se dulcificó, desaparecieron los ataques de ira, adquirió un perfil pensativo y austero, dulce y reservado; crecieron en ella el espíritu de oración y el de caridad; aparece una nueva sensibilidad eclesial y apostólica; se inscribe en la Acción Católica.

Nace en ella la radicalidad de la escucha que se entrega totalmente a la voluntad de Dios. A los veintiún años escoge consagrarse a Dios y, sin proponérselo, pero siguiendo sencillamente las indicaciones de su padre espiritual, que ya había enviado a otras chicas del pueblo, ingresó en monasterio de Grottaferrata, comunidad pobre en medios y cultura, gobernada en aquel tiempo por la Madre Pía Gullini.

Su vida aparece regida por pocos elementos esenciales:

- el primero y más visible es el agradecimiento por la misericordia que Dios ha tenido con ella, llamándole a una vida de total pertenencia a Él: le gustaba compararse con el hijo pródigo y sabía decir, a menudo, “gracias” por la vocación monástica, la casa, las superiores, las hermanas, todo. “¡Qué bueno es el Señor!” era su continua exclamación; y esta gratitud se manifestará también en los momentos supremos de su enfermedad y su agonía. “Nunca podré agradecer bastante”, “No puedo decir más que estas palabras: “¡Dios mío, tu gloria!”.

- el segundo elemento es el deseo de responder, con todas sus fuerzas, a la gracia: que se cumpla en ella lo que el Señor ha iniciado, que se cumpla la voluntad de Dios, porque ahí se encuentra para ella la verdadera paz. “La voluntad de Dios, cualquiera que sea: esta es mi alegría, mi felicidad, mi paz.”

Durante el noviciado temía el ser rechazada y despedida, pero tras la profesión, vencido este temor, toma espacio un abandono tranquilo y seguro, que generó en ella la tendencia al sacrificio total de sí misma: “Ahora haz Tú”, decía simplemente. Su breve vida claustral (tres años y medio) se consumó como una eucaristía, sencillamente, en el compromiso cotidiano de la conversión, para seguir a Cristo, obediente al Padre hasta la muerte. María Gabriela se sentía definida por la misión del ofrecimiento, del don completo de sí misma al Señor. “En la sencillez de mi corazón, gozosamente te ofrezco todo, Señor.”

Los recuerdos de sus hermanas son sencillos y significativos: su prontitud a reconocerse culpable, a pedir perdón a las otras sin justificarse; su humildad simple y pura; su disponibilidad, por la que voluntariamente hacía cualquier trabajo, se ofrecía para los trabajos más fatigosos sin decir nada a nadie. Con la profesión aumentó en ella la experiencia de la pequeñez: “Mi vida no vale nada... puedo ofrecerla tranquilamente”.

Entonces era abadesa del monasterio de Grottaferrata la madre M. Pía Gullini, que guió la comunidad con una inteligencia perspicaz y alimentó en ella una visión siempre más vasta y profunda de la vida espiritual, poniendo como centro la Eucaristía. Ella vivía la pasión por la unidad de la Iglesia con profética y singular intensidad, adelantada por completo a su época. Después de haberlos asumido en su vida, sabe comunicar también a la comunidad su gran sensibilidad y su gran deseo ecuménico. Las monjas de Grottaferrata ya vivían aquello que, sesenta años más tarde, el papa Juan Pablo II escribía en la encíclica ‘Ut unum sint’ (nº 99): “*Una Comunidad cristiana que cree en Cristo y desea, con el ardor del Evangelio, la salvación de la humanidad, de ningún modo puede cerrarse a la llamada del Espíritu que orienta a todos los cristianos hacia la unidad plena y visible. Se trata de uno de los imperativos de la caridad que debe acogerse sin compromisos.*”

Cuando madre M. Pía, que mantenía contactos epistolares con algunos precursores del movimiento ecuménico de la época, a petición del padre Couturier de Lyon presentó a las hermanas la petición de oraciones y ofrecimientos por la gran causa de la unidad de los cristianos, Sor María Gabriela se sintió, de inmediato, comprometida e impulsada a ofrecer su joven vida. “Siento que el Señor me lo pide – confía a la abadesa – me siento impulsada incluso cuando no quiero pensar en ello”.

Por un camino rápido y directo, agarrada tenazmente a la obediencia, consciente de la propia fragilidad, dirigida totalmente a un solo deseo: “La voluntad de Dios, su gloria”, María Gabriela alcanza aquella libertad que le impulsa a asemejarse a Jesús, que “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. Frente a las laceraciones del Cuerpo de Cristo advierte la urgencia de una ofrenda de sí misma, pagada con una fidelidad heroica hasta la consumación. La tuberculosis se manifestó en el cuerpo de la joven hermana, hasta entonces sanísima, desde el mismo día de su ofrecimiento, llevándola a la muerte en quince meses de sufrimiento. Estas son algunas de sus expresiones de este periodo, que manifiestan la radicalidad y la coherencia de su ofrecimiento: “Me he ofrecido por completo y no retiro la palabra dada”, “El Señor me ha puesto en este camino: Él me socorrerá en la lucha. Pongo mi fragilidad en su misericordia. He visto frente a mí un gran crucifijo... he pensado que mi sacrificio no era nada frente al suyo.”

La tarde del 23 de abril de 1939 María Gabriela concluye su larga agonía, totalmente abandonada a la voluntad de Dios, mientras las campanas sonaban a rebato al terminar las vísperas del domingo del Buen Pastor, en el que el Evangelio proclamaba: “Habrá un solo rebaño y un solo pastor”.

Su ofrecimiento, incluso antes de su consumación, es rápidamente conocido por los hermanos anglicanos de la comunidad de Nashdom, y a continuación encontró respuesta profunda en el corazón de los creyentes de otras confesiones. La afluencia de vocaciones, que aumentan en años posteriores y que han permitido la fundación de otros seis monasterios contemplativos, son el don más concreto de Sor María Gabriela a su comunidad.

Su cuerpo, encontrado intacto con ocasión del reconocimiento en 1957, reposa ahora en una capilla adyacente al monasterio de Vitorchiano, donde se trasladó la comunidad de Grottaferrata.

Sor María Gabriela fue beatificada por Juan Pablo II el 25 de enero de 1983, a los cuarenta y cuatro años de su muerte, en la basílica de San Pablo Extramuros en la fiesta de la conversión de San Pablo, el último día de la semana de oración por la unidad de los cristianos.

El Papa, en la encíclica ‘Ut unum sint’, propone a los fieles el ejemplo particular de la beata María Gabriela, pero indica a todos los santos como testigos de esperanza en el camino hacia la plena unidad de la Iglesia: *“La comunión aún no plena de nuestras comunidades está en verdad cimentada sólidamente, si bien de modo invisible, en la comunión plena de los santos, es decir, de aquéllos que al final de una existencia fiel a la gracia están en comunión con Cristo glorioso. Estos santos proceden de todas las Iglesias y Comunidades eclesiales, que les abrieron la entrada en la comunión de la salvación... En la irradiación que emana del « patrimonio de los santos » pertenecientes a todas las Comunidades, el « diálogo de conversión » hacia la unidad plena y visible aparece entonces bajo una luz de esperanza... Si en el espacio espiritual interior que he descrito las comunidades saben verdaderamente « convertirse » a la búsqueda de la comunión plena y visible, Dios hará por ellas lo que ha hecho por sus santos. Hará superar los obstáculos heredados del pasado y las guiará, por sus caminos, a donde El quiere: a la KOINONIA visible que al mismo tiempo es alabanza de su gloria y servicio a su designio de salvación.”* (nº 84)

Cada uno de los miembros de nuestras Comunidades eclesiales, bautizado en la muerte de Cristo, llamado por vocación divina a la santidad, puede y debe llevar su pequeña, pero indispensable contribución al “*ut unum sint*”. El Papa indica como medios del fortalecimiento y del crecimiento de la comunión la oración, la acción de gracias, la esperanza en el Espíritu, que cura el recuerdo de las divisiones y da la fuerza para un esfuerzo siempre más auténtico de unidad. (‘*Ut unum sint*’, Exhortación final).

“Hermanos, los exhorto a comportarse de una manera digna de la vocación que han recibido. Con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, sopórtense mutuamente por amor. Traten de conservar la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que ustedes han sido llamados, de acuerdo con la vocación recibida. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos.” (Ef. 4,1-6)

Él, al que nada es imposible, mediante la humilde colaboración de nuestra continua conversión y de la entrega sincera de nosotros mismos a Él y a los hermanos, sabrá completar el milagro de nuestra unidad.

María Augusta Tescari, o.c.s.o.